

Dos miradas sobre *Fez, la andaluza*, de Enrique Gómez Carrillo

Enán Moreno

Escritor y académico guatemalteco

En este trabajo se realiza una lectura sobre Fez, la andaluza. Esta lectura se ocupa de la estructuración del texto, de la función del guía o cicerone y la actitud del “guiado”, de los aspectos que llaman la atención del cronista, de la información histórica que maneja y, también, de los aspectos relativos al estilo, destacando la formación modernista del autor y cómo esta estética se refleja en el texto.

Fez, la andaluza fue publicada inicialmente en Madrid, en 1926, como producto de la estancia de Enrique Gómez Carrillo en la “Ciudad santa de los árabes”, como la llamó, a su vez, Luis Cardoza y Aragón, otro ilustre escritor guatemalteco, quien también la visitó.

Estando en Fez, ¿qué llama la atención del cronista, qué aspectos elige para conformar su libro? Él se ocupa de ocho aspectos o temas: el encanto que encuentra en la ciudad, la vida de las mujeres, la educación, la magia y la brujería, el papel de los juglares, el hotel donde se aloja, la vida estudiantil y las bailarinas. Cada tema abarca uno de los capítulos del libro.

La ciudad fue vista por Enrique con ojos curiosos, penetrantes, y además de soltar la mirada, como buen modernista ejerciendo su oficio, se entregó al juego de la sensualidad, abriendo los oídos a las voces, los sonidos y la música del lugar, percibiendo los olores y aromas, palpando productos artesanos como el bronce y el cuero.

Leyendo el libro, uno de los primeros aspectos que me interesan es el método o la manera de operar del cronista. ¿Cómo conoce la ciudad? Según el mismo indica, no se basa en un plan ni sigue, como un turista cualquiera, un itinerario programado para los visitantes, lo cual queda establecido desde la manera inusual como el autor comienza el libro: con un diálogo en el que le preguntan si ha visitado ya los sitios convencionales y él responde que no; el interlocutor, al oír esto, replica: “-Pero en qué emplea usted sus días, entonces,” y el cronista confiesa:

*En nada... En pasearme... En soñar... En preguntarme si es real lo que veo, o soy el juguete de una alucinación... En respirar los aromas extraños del Islam... En embriagarme con el ritmo perpetuo del Moghreb... (p. 25) **

Y añade:

*Esta y las siguientes citas corresponden a: Gómez Carrillo, Enrique. *Fez, la andaluza*. Editorial Cultura y Asociación Enrique Gómez Carrillo, Guatemala: 2008. 156 pp.

Al oírme hablar así, los turistas del hotel Trasatlántico, que siguen con escrupulosa disciplina los itinerarios consagrados, sonrían llenos de misericordia. (p. 25)

Él, en cambio, acompañado de su guía, un moro llamado Mohamed el Arbi, sigue, a su modo, conociendo la ciudad:

...continúo paseándome por las callejuelas sin rumbo fijo, guiado por el capricho de los laberintos que rodean los zocos,.. (p. 25)

Y líneas adelante, dice:

Por todas partes una suave embriaguez me anima. No me siento para nada el espíritu de un turista.” (p. 25)

El turista es normalmente un ser dócil, llevado y traído según la voluntad del guía, quien a su vez, sigue itinerarios ya establecidos; pero Gómez Carrillo no puede ser un turista, y menos un turista convencional. Hay, en su manera de comportarse, un rasgo de libertad, de espontaneidad, de rebeldía personal. Él va por donde quiere, quizá llevado por esa “suave embriaguez” que lo anima. Y los días pasan, libres de itinerarios y guías turísticas:

Así, los días pasan, y nuestra existencia sigue siendo la de dos seres errantes que se entretienen en seguir, sin ningún hilo salvador, las callejuelas del inmenso laberinto.” (p. 47)

De esa manera, pues, Gómez Carrillo vive y conoce la ciudad de Fez, acompañado de Mohamed el Arbi, fiel y paciente guía o, mejor llamado, compañero de andanzas.

El papel o función del guía en *Fez, la andaluza* tampoco es convencional: Gómez Carrillo lo lleva como acompañante, como un interlocutor. Así, la voz del guía se deja escuchar a veces para contestarle al narrador o para formular una pregunta:

-Te das cuenta del lugar en que nos encontramos- me pregunta de vez en cuando mi guía. (p. 28)

O para comentar algo:

-En esta ciudad –murmura Mohamed el Arbi- nada ha cambiado nunca desde su remota fundación. (p. 30)

Son intervenciones breves. Pocas veces el narrador cede la palabra al guía para que este exponga o explique algo. Su figura deviene en un recurso que Gómez Carrillo utiliza según sirve a su propósito discursivo.

Y es que en este caso los papeles se invierten: el viajero, “el turista” posee más y mejor información que el guía. Por esta razón es la voz del viajero la que narra, describe e informa. Si bien Gómez Carrillo confía y cultiva en sus crónicas la sensación, la impresión inmediata, en *Fez, la andaluza* el lector advierte el conocimiento que sobre el tema posee el narrador, y tal conocimiento lo va documentando, en cada aspecto abordado, con referencias o citas pertinentes y oportunas, como esta:

Con verdadera alegría acabo de descubrir, en una obra sobre Marruecos, las siguientes líneas relativas a Elandaluz: “En ninguna parte la existencia fasí se ha conservado tan intacta cual en este antiquísimo barrio. Desde hace una larga serie de siglos, los mismos moros, vestidos del mismo modo y teniendo las mismas actitudes, los mismos gestos, los mismos hábitos, sienten del mismo modo, piensan con los mismos pensamientos, se expresan de la misma manera...” (p. 54)

Se refiere aquí, Gómez Carrillo, a la permanencia del espíritu, de la tradición, del estilo de vida de los moros de Fez.

Al abordar la naturaleza del arte moro, hace referencia a un conocedor del tema:

Uno de los teorizantes que mejor han estudiado el arte moro asegura que el dibujo geométrico de los orientales “carece de personalidad y se desarrolla según ciertas fórmulas rituales, que no difieren entre sí sino en infinitesimales detalles”. Ese mismo maestro de estética conviene, no obstante, en que los placeres artísticos son mucho más intensos entre los moghrebinos que entre los europeos. (p.64)

Y al ocuparse del papel de las mujeres en la cultura árabe, el lector se encuentra con las citas que el autor estima adecuadas, como este pasaje del Corán:

*“Allí tenéis a vuestras compañeras para tener herederos y para saciar en sus cuerpos vuestros deseos; tratadlas cual a niñas inconscientes, que necesitan ser vigiladas sin cesar y que deben vivir en el más absoluto retiro; sed bondadosos para con ellas, asegurándoles la vida y protegiéndolas contra las tentaciones.”
(p. 79)*

Estas referencias o citas que el cronista incluye en su texto hacen que lector advierta que está ante un autor que dispone de suficiente información acerca de los temas que está tratando. Y lo advierte mejor un lector especializado, según ilustra la siguiente afirmación:

Gómez Carrillo puede considerarse un escritor profesional de la cultura árabe, ya que demuestra poseer un conocimiento profundo de la psicología del hombre árabe. (p.9)

Además de llamarlo “escritor profesional de la cultura árabe”, el crítico citado también opina que, con *Fez, la andaluza*, Gómez Carrillo:

...redacta la mejor obra que haya escrito un intelectual hispánico sobre Fez. p. 8

¿Y quién es el crítico, el lector especializado que así opina de Gómez Carrillo y su obra? Es el doctor Abdelmouneim Bounou, de la Universidad Sidi Mohamed Ben Abdellah, de la ciudad de Fez.

Pero Enrique Gómez Carrillo no es solo un conocedor de la cultura árabe, sino alguien que se identifica con la cultura y el ser árabe, al punto que estando en Fez, llega un momento en el que tiene la sensación de familiaridad, de ya haber vivido, de ya haber disfrutado antes lo que ahora vive; y esa sensación lo lleva a la idea de una posible descendencia o linaje moro, el cual vendría de los señores de Albornoz, sus abuelos españoles:

*Aun a riesgo de pasar por alucinado, debo confesar que hay algo aquí de que yo me figuro haber gozado mucho tiempo hace, no sé si en la realidad de otros viajes por países islámicos o en las ilusiones de mis sueños, algo que me es familiar, que me inspira afecto de cosa íntima, que me atrae como si en ella hubiera una esencia sutil de mí mismo, de mis recuerdos, de mi pasado.
-No en vano tus abuelos se llamaron los señores de Albornoz-
murmura en el fondo de mi ser una voz misteriosa. (p. 75)*

Y siguiendo con esta idea, añade:

Y tal vez es así. Tal vez hay, realmente, en mí, un real atavismo

moro, una huella misteriosa de vida anterior en ciudades como esta, entre gente como esta. (p. 75)

Esta visión hace despertar en él un sentimiento de fraternidad, de afecto por las personas con las cuales está conviviendo, y a creer que, en algún momento, alguien también lo ve cariñosamente:

A veces, al ver pasar a algún señor de barba florida y de ojos muy suaves, que apenas me mira, pero que a mí se me antoja que me ve con cariño, siento impulsos de detenerlo para preguntarle si no desciende él también de una familia de Málaga o Sevilla,.. (p. 75)

Es interesante cómo, aquí, el viajero se identifica con el pueblo que visita, porque en el viaje a otra cultura lo normal es encontrarse con el otro, el extraño, el ajeno; pero en este caso, Gómez Carrillo presenta una visión que es más bien el encuentro con el otro yo, o –llamémosla así- la visión del espejo.

Si bien ya fue señalado el conocimiento que Gómez Carrillo posee del mundo árabe y el empleo de citas o referencias para documentar los aspectos que va tratando, no se piense que en el texto predomina el carácter informativo o expositivo. No. El autor no es solamente un escritor profesional en cuanto al tema árabe, sino un escritor profesional que cultiva la crónica con un estilo particular. A la exposición se suma la narración, la descripción, el diálogo y otros recursos que hacen de la prosa un discurso que fluye con un ritmo agradable al oído y que, además, mediante el empleo de figuras internas, ya sonoras o semánticas, consigue producir en el lector sensaciones, imágenes y emociones propias del mundo tratado. Y es que el autor no pocas veces se entrega a la emoción, al registro subjetivo, marcados por el discurso en primera persona, como se observa en esta parte del texto, en la cual el cronista se refiere a que tal vez nunca volverá a ver lo que ahora está viendo:

¡Nunca...! ¡Más que en ninguna otra ciudad lejana, esta idea de lo efímero, de lo pasajero, de lo irremediabilmente fugaz, me llena de nostalgia! ¡Nunca...! Muy quedo pronuncio la terrible palabra ante lo que me seduce, como si de tal manera las imágenes gratas fuesen a grabarse más hondamente en mi espíritu... ¡Nunca...! La penumbra que lo envuelve todo en tenues velos de oro, de

esmeralda y de ceniza, da entonces a los detalles, delicadezas enternecedoras. (p. 72)

O en estas otras líneas, en las que discurre acerca del porvenir:

El porvenir... El espejismo del porvenir, con sus esperanzas y sus angustias... El rayo fosforescente que nos ilumina el mañana en la vida y también el más allá en la muerte... El poder de la doble vista que permite rasgar el velo de lo ignoto... He allí la piedra angular del templo de la Kabala. (p. 100)

Este registro subjetivo surge y se enlaza o combina adecuadamente al registro objetivo, cuya función informativa se consigue con descripciones apropiadas y datos o comentarios de fuentes históricas o de otras disciplinas. Lo subjetivo adorna y despierta la emotividad en el lector, al cual siempre el cronista tiene presente, motivándolo, incluyéndolo en el discurso.

En *Fez, la andaluza*, Gómez Carrillo, como se ha visto, emplea varios recursos discursivos que dan por resultado un texto que sobrepasa el carácter de una crónica, de un informe de viaje, y muchas porciones de ese texto adquieren por sí mismas naturaleza literaria. Es un riesgo, digamos, que corre un escritor como Enrique, quien tiene por principio y compromiso la escritura de una prosa artística. La inevitable presencia de lo literario en este libro se explica, me parece, por la personalidad del autor y por su ideología estética. A la personalidad corresponden el rechazo de los itinerarios turísticos y tomarse la libertad de ir, de caminar por donde él quiere o desea, y también esa disposición de los sentidos: despiertos y siempre dispuestos a la percepción intensa y profunda: a ver, a oír, a sentir. Y a su ideología estética –el modernismo- corresponde el arte de la prosa, la búsqueda y aprecio del ritmo, de la musicalidad, de la armonía, de la elegancia, del adorno, de la joyería y del elemento exótico. Estos aspectos se observan en las citas que siguen.

El ritmo, por ejemplo, es algo que el cronista percibe en toda la vida de la ciudad, ritmo que él siente que acompaña y constituye una pauta:

...; un ritmo a la par triste y vivaz; un ritmo continuo, un ritmo que nos recibe cuando llegamos y nos acompaña cuando nos marchamos; un ritmo que nos despierta por la mañana, que nos acaricia durante el día, que nos mece cuando nos dormimos; un ritmo que se halla en todas partes, y que llega a dar a nuestros pensamientos, a nuestros ensueños, a nuestras evocaciones, a nuestros deseos, a nuestras esperanzas, algo como un acompañamiento, o, mejor, como una pauta... Es la canción de Fez... (p .48)

Admirando de lejos un fonduk o posada, indica que aquí estos lugares siguen siendo el albergue de los viajeros ricos. Y él se imagina que uno de los huéspedes puede ser un personaje importante, tal vez un embajador del Sultán de Rabat, y que más tarde podrían encontrarlo en una de las calles. Pero nótese el gusto en la descripción de la figura elegante, de la ropa, las sedas, los adornos, la plata y el oro... sin faltar el elemento exótico:

Dentro de algunos instantes lo encontraremos, tal vez, al volver de una esquina, montado en su mula blanca, y nos detendremos para admirar, además de su arrogante y serena prestancia, el alba sutileza de su albornoz flotante, las ricas labores de su gualdrapa carmesí, los arabescos calados de sus estribos de plata, los adornos de oro de sus riendas, al fino bordado de seda de sus babuchas. Delante de su montura, armados de largos palos para abrirle paso irán algunos de sus esclavos negros con la cabeza descubierta y los pies descalzos. (p .52-53)

Es prosa de indudable corte modernista, en la que sobresalen la sintaxis armoniosa, la musicalidad, la adjetivación.

De obligada apreciación y referencia por el cronista es el arte árabe, del cual dice que se trata de un arte lleno de encaje:

Encajes negros, las linternas de hierro forjado que cuelgan en las puertas de las mezquitas; encajes de mil colores, las

vidrieras de estuco calado de los palacios; encajes rubios, las rejas de los harenes que miran a los patios; encajes grises, los mucharabis de las celosías y de los púlpitos; encajes albos, los de los muros de todos los hogares, por modestos que sean; encajes color de misterio, los artesonados antiquísimos de las medersas y de los palacios; encajes áureos, los polígonos que ornán los objetos de cobre; encajes color de luna, los collares, los pendientes y los brazaletes de filigrana que todas las mujeres, por pobres que sean, llevan ocultos entre sus velos, y que los joyeros de la Alcaicería labran con paciencia y con amor... (p .62-63)

Y como en un tejido, en esta porción textual la palabra “encaje” es figura reiterada que adorna, armoniza y unifica.

Si bien en *Fez, la andaluza*, hay otros aspectos que merecen análisis, más que la mirada del crítico este libro de Enrique Gómez Carrillo requiere la mirada, los ojos de los lectores para disfrutar el placer de los sentidos y el ejercicio de la imaginación.

Ciudad de Guatemala, junio de 2012.